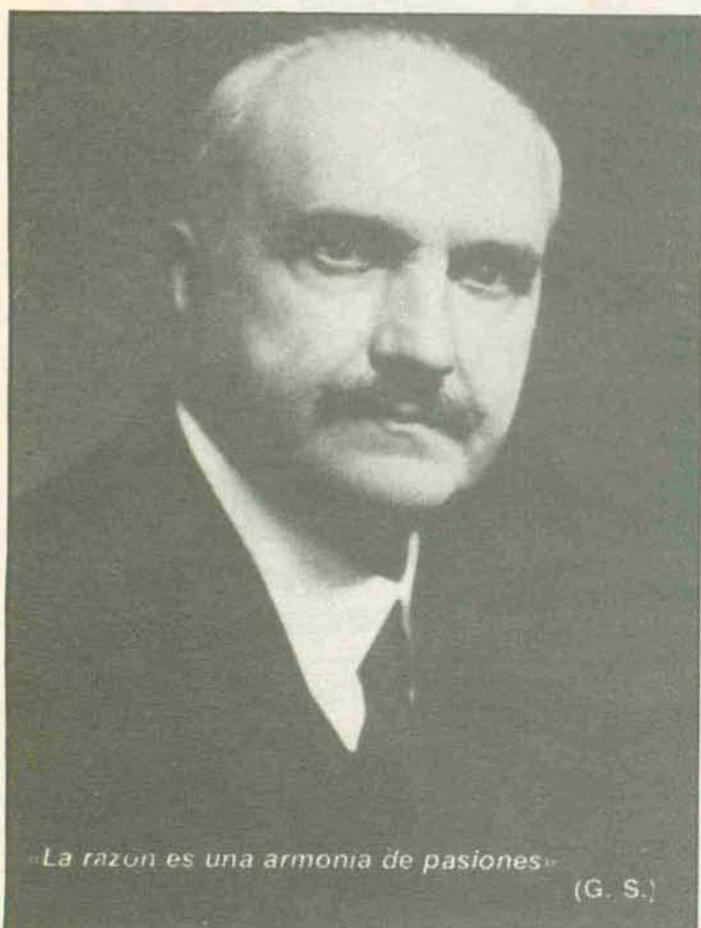


En el XXV Aniversario de su muerte



George Santayana, pensador errante

George Santayana (Jorge Ruiz de Santayana) extendió su vida entre 1863 y 1952. Una existencia larga y fecunda la de este poeta y filósofo que, engarzado en la cultura inglesa, no pudo olvidar nunca su origen español. Ahora celebramos el XXV Aniversario de su muerte.

Fernando Savater

S I el viajero que llega a Roma quiere acercarse hasta el cementerio de Campo Verano, allí, en el Panteón de Españoles, podrá leer unas palabras escritas en castellano que presiden la entrada del recinto funerario: «Cristo ha hecho posible para nosotros la gloriosa libertad del alma en el cielo». El autor de esa jaculatoria está enterrado a pocos pasos, bajo una sobria lápida en la que sólo pone: «Jorge Ruiz de Santayana, 16-XII-1863, 26-IX-1952». Este marco sereno, esa frase, ese nombre en la piedra delimitan un secreto y una paradoja: la de un madrileño educado en Boston, profesor en Harvard y conferenciante en Cambridge o Alemania, muerto en Roma; la de un elegante escritor inglés que espera la resurrección bajo una cita traducida al castellano de uno de sus libros; la de un «George» ya célebre en las Academias de dos continentes que volvió en la lápida a su nativo «Jorge Ruiz»; por último —y éste es el secreto, tras la paradoja— allí reposa un irreductible materialista bajo una postrera evocación a Cristo, al cielo y a su trascendente libertad.

Apoco que se miren las cosas de cerca, las existencias plácidas suelen ser más misteriosas que las evidentemente turbulentas: la de George Santayana puede servir de ejemplo en ésto. Una vida trashumante pero sin sobresaltos espectaculares; un pensamiento sin estridencias, de corrección estilística casi excesivamente bien lograda; un poeta que canta la pasión en versos nada inflamados, un cosmopolita culto, erudito y penetrante: nada **alarma** al parecer en esa vida, y sin embargo ciertos encrespamientos imprevistos en su prosa pulida o un terrible y maravilloso poema —«**Cape Cod**»— nos revelan un algo profundamente inquietante donde ya nada parecía destinado a inquietarnos. Desde luego no hay que buscar ningún

dramatismo histórico en el origen del exilio de Santayana: se debe a circunstancias familiares que quizá originaron tensiones, pero ciertamente no cataclismos en la vida del pensador. La madre de Santayana conoció a don Agustín, padre de éste, en Manila, cuando todavía estaba casada con su primer marido, un americano de Boston. Poco después ella enviudó y se casó en Madrid con su pretendiente español, que había abandonado ya su puesto de representante consular en Filipinas. Pese a lo que a veces se lee en resúmenes biográficos del pensador, Santayana fue hijo de padre y madre españoles: nació en Madrid, en diciembre de 1863. La madre tenía hijos de su esposo americano, a los que había prometido educar en Boston, de modo que al



Foto de los fundadores de la revista «Harvard Monthly», entre los que figura Santayana (de pie, el primero de la izquierda). La imagen está tomada en 1895, al aparecer el número inicial de la citada revista. Santayana se formó dentro de la cultura anglosajona.

poco de nacer Jorge partió para América. El niño permaneció con su padre en Avila hasta los nueve años y, tras cierto tira y afloja entre sus progenitores, fue enviado a Boston con su madre. Aún no sabía ni una palabra de inglés. Santayana se educó en Harvard y después amplió sus estudios en Alemania, donde se dedicó a la filología con Paulsen. En Harvard fue discípulo de Josiah Royce y de William James; este último le miraba con decidida hostilidad y condenó su tesis doctoral como «*la perfección de la putrefacción*». Pero esto no fue obstáculo para que se convirtiese en profesor de filosofía en esa Universidad, puesto que ejerció con éxito hasta que, en 1912, una herencia familiar le permitió abandonar la docencia y trasladarse a Europa. Vivió todavía cuarenta años más, pero nunca volvió a pisar Norteamérica: ¿No habla esto bastante claramente del aprecio que sentía por su patria adoptiva?

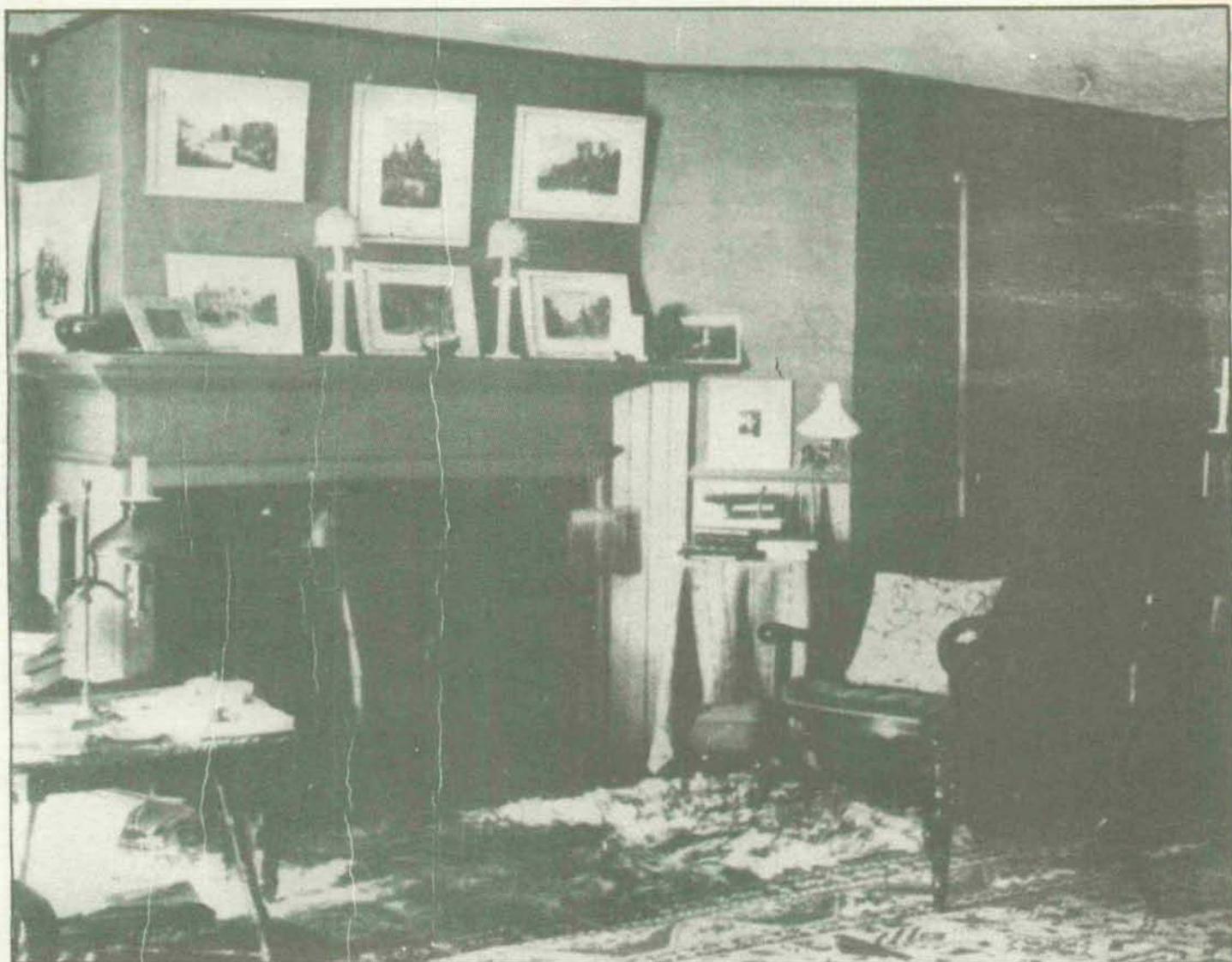
Durante la primera guerra mundial y hasta la segunda, vivió principalmente en Inglaterra. Entre 1905 y 1906, todavía en Harvard, había publicado la obra que le concedió prestigio en los medios especializados, su «*La vida de la razón*», en cinco volúmenes. Ya en Inglaterra fueron apareciendo sus restantes obras: «*Winds of doctrine*» (1913), «*Escepticismo y fe animal*»



Por haber sido su primer marido un americano de Boston, la madre de Santayana —doña Josefa Borrás, a la que aquí vemos en un retrato de 1890— se trasladó a esta ciudad con los hijos mayores, quedando Jorge con su padre en Avila hasta los nueve años de edad en que ambos marcharían también a Boston.

(1923), y su obra principal, «*Los reinos del ser*», editada por primera vez y en su primera versión en 1927. Sus libros de poesía son anteriores a toda su producción filosófica, pues «*Sonnets and other verses*» había aparecido en 1894, y sus «*Other poems*» en 1901: tanto es así, que durante sus años de Harvard que precedieron a la aparición de «*La vida de la razón*», no se le tenía tanto por filósofo como por «*un joven poeta español, algo extravagante*». En 1935 publicó su única incursión en el género novelesco, «*The last puritan*», retrato costumbrista y moral de la sociedad bostoniana con abundantes digresiones filosóficas. Su materialismo no le cegó ante los valores éticos y estéticos del cristianismo, como prueba su obra «*La idea de Cristo en los evangelios*», de la que está tomada la cita que se lee en el cementerio de Campo Verano. Pero quizá lo más influyente de su producción en el ámbito anglosajón fuese la línea iniciada precisamente con su primer y temprano libro teórico sobre estética: «*El sentido de la belleza*», aparecido en 1896, línea que se prolonga en sus estudios sobre literatura tales como sus «*Interpretaciones de poesía y religión*», aparecidas en 1900, o sus espléndidos ensayos dedicados a Dante, Lucrecio y Goethe agrupados como «*Tres poetas filósofos*» (1910). También escribió artículos y conferencias sobre Whitman, Shakespear, Proust y Browning. Mientras que la doctrina ontológica de Santayana quedó bastante aislada en el ámbito del pensamiento anglosajón, sus escritos sobre estética y crítica literaria fueron celebrados inmediatamente como una auténtica revelación en dichos campos.

El núcleo del pensamiento de Santayana estriba en la confrontación de lo que él llama **escepticismo** y lo que denomina **fe animal**, confrontación que se resuelve en interdependencia y complementariedad. El ámbito del escepticismo, en el que nadan la ciencia, la religión o la filosofía, incluso la poesía o el arte, es el mundo de las esencias. «*Una esencia es sencillamente el carácter reconocible de cualquier objeto o sentimiento, todo lo que de él cabe efectivamente poseer en la sensación, o recuperar en la memoria, o transcribir en el arte o comunicar a otro espíritu*». Ahora bien, mi examen crítico de las esencias y de sus relaciones me lleva a considerarlas como algo aleatorio, artificioso, fruto de una capacidad inventiva humana que se contradice cien veces en disputas intersubjetivas o fantasías dogmáticas. Las esencias no son algo dado, inamovible e inapelable: «*Nada está jamás presente ante mí excepto alguna esencia; de modo que nada de lo que yo poseo en la intuición o veo realmente está jamás allí; nunca puede existir corporalmente, yacer en ese lugar ni ejercer ese*

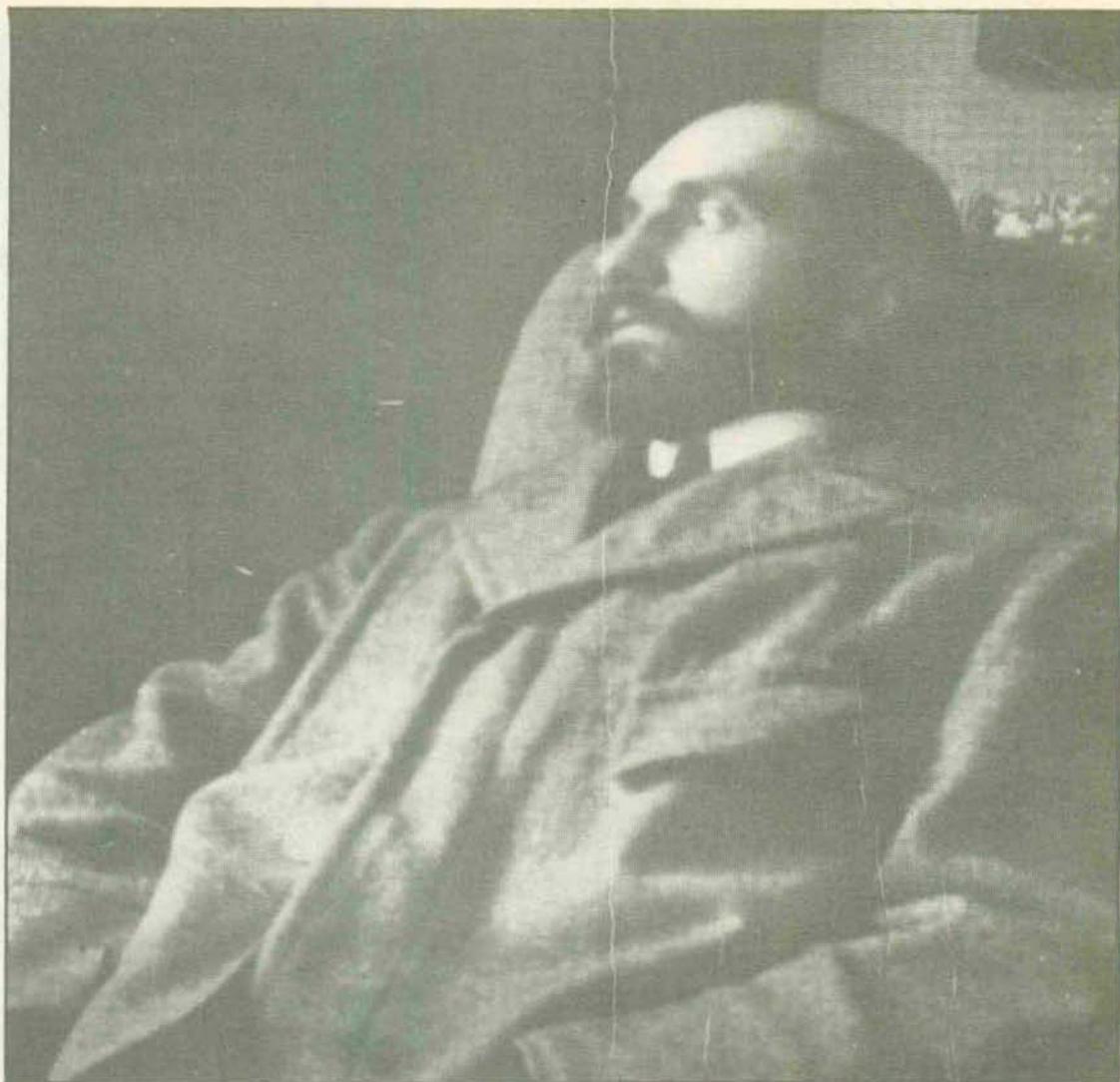


Esta habitación de la Universidad de Harvard, sita en Stoughton número 7, acogería a Santayana en 1891. Allí vivió durante seis cursos, en los que su presencia se hizo constante en el famoso centro universitario.

poder que pertenece a los objetos que se encuentran en acción». En último término, si consideramos que una auténtica naturaleza real subyace a las esencias, éstas, adecuadas o inadecuadas, serán siempre algo superfetatorio, superfluo: «A los ojos de la naturaleza, toda apariencia es vanidad y mero ensueño, puesto que añade a la sustancia algo que la sustancia no es; y no es menos ocioso pensar lo que es verdad que pensar lo que es falso». Junto a este escepticismo, la fe animal sin embargo me pone constantemente en disposición admirativa, boquiabierto ante las esencias, dispuesto a creer. La fe animal hipostatiza las esencias, las convierte en hechos, las dota de una inapelable realidad. Para el escepticismo, toda esencia es sueño e ilusión; para la fe animal, toda esencia es efectiva y dogmáticamente real. Ahora bien, la fe animal nos revela una gran verdad sobre las esencias, nos descubre lo que es verdad en la esencia aunque la esencia no sea verdad: la necesidad humana de creer, la exigencia biológica y utilitaria de

poesía —creación de esencias— que define al hombre. «Sin esperarlo, la naturaleza nos prestó la existencia y, si lo hizo con la condición de que fuésemos poetas, es claro que no nos ha prohibido disfrutar de ese arte e incluso estar orgullosos de él». Lo falso de la esencia es su tendencia a absolutizarse, a convertirse en agobiante punto de vista único que nos abrumba con una realidad exterior a nosotros y que nos aplasta con su necesidad. Pero cuando sabemos que la esencia es por un lado ilusoria pero por otro imprescindible para la vida, volvemos a relacionarnos con ella de modo poético y libre. La sabiduría es una locura que se disipa cuando el sueño aún continúa pero ya no engaña». La complementariedad entre escepticismo y fe animal nos precave del vicio dogmático por excelencia, la prosecución de una Verdad Unica, total y absolutamente válida para cualquier momento y ocasión: «La posesión de la verdad absoluta no se halla tan sólo por accidente más allá del alcance de las mentes particulares; es incompatible con el estar

En Harvard, a finales del siglo pasado, Santayana no tenía ningún renombre como filósofo, ni casi como profesor, sino que era conocido en los círculos intelectuales como «un joven poeta español misteriosamente exótico». La imagen le recoge durante una travesía marítima, años después.



vivo, porque excluye toda situación, órgano, interés o fecha de investigación particulares; la verdad absoluta no puede descubrirse, precisamente porque no es una perspectiva. Las perspectivas son esenciales a la aprehensión animal; un observador que forma parte del mundo, que observa, debe tener una particular situación en él; no puede estar igualmente cerca de todo ni ser interior a nada, salvo a sí mismo; del resto sólo puede tomar vistas, abstraídas de acuerdo con su sensibilidad y escorzadas según sus intereses». Y más adelante añade: «Las ideas que tenemos de las cosas no son retratos que les hagan justicia: son caricaturas políticas, hechas con interés humano; pero en su índole parcial pueden ser obras maestras de caracterización y de visión».

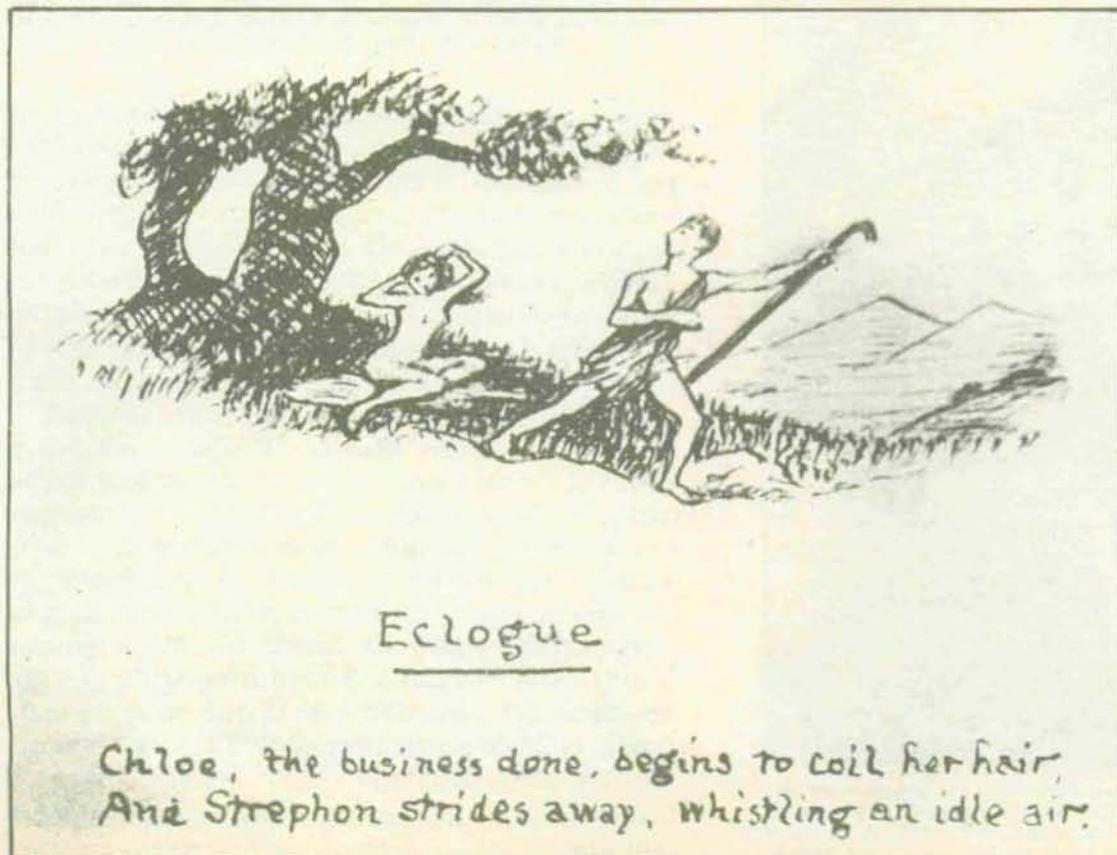
Esto es precisamente lo más interesante del escepticismo, su capacidad de librarnos del fantasma unilateral del dogma. Pero también la fe animal es imprescindible, al revelarnos el íntimo vínculo entre poesía y vida o, si se prefiere, entre ilusión y vida. En todo caso, el carácter ilusorio de las esencias no las devalúa en modo alguno ante el aprecio ilustrado del sabio —es decir, del

que ha despertado del fanatismo hipostasiador— sino que antes bien las realza: «Las formas de las cosas son más nobles que su sustancia y más dignas de estudio; y los tipos que el discurso o la estimación distingue en las cosas son más importantes que las cosas mismas». Santayana es un decidido materialista o, si se prefiere, un **naturalista**: cree en la existencia de un mundo objetivo, exterior a nuestra conciencia, real y efectivamente material. Opina que las más altas conquistas espirituales, el llamado pensamiento, no son sino funciones corporales altamente desarrolladas, cuyo origen es el de un instrumento específico, como las garras o las alas de otros animales. Pero este instrumento corporal se ha independizado y ha rebasado con mucho sus funciones primigenias, hasta convertirse en algo infinitamente más **interesante** que la existencia misma a cuya conservación en un principio fue destinado. La materia de Santayana no es un principio único, omnicomprensivo, una de esas «*verdades absolutas*» de las que el escepticismo nos resguarda, sino una especie de referencia final, polivalente y diversa, a la que en último término se refieren las distintas perspec-

tivas y cuya única función aunadora es posibilitar el mínimo de intersubjetividad y comunicabilidad de las esencias. El descubrimiento técnico de la materia, sus posibilidades de manejo, quedan a cargo de la ciencia, cuya autoridad el filósofo acata. «Pero en este vasto, despiadado, vibrante reino de la materia, soy como un extranjero de viaje. La aventura es divertida y puede ser provechosa, pero es interminable y, en un sentido, me defrauda: me aleja de mi casa». El retorno al hogar es la vuelta al ámbito del espíritu, al campo de lo libre, del juego, de lo no instrumental. «La fantasía poética y creadora, original, no es ciertamente una forma secundaria de sensibilidad, sino, por el contrario, su forma prístina y única. La misma inquietud y disposición manual que hace del hombre un fabricante de juguetes, hace de él un fabricante de utensilios cuando sus juguetes resultan casualmente útiles. Así, las bellas artes son anteriores al trabajo servil y la calidad poética de la experiencia es más fundamental que su valor científico. En todo momento puede la existencia tornarse juego o tornarse en holganza; pero es imposible que ningún descubrimiento o trabajo acaezca sin que, a poca conciencia que haya, venga acompañado de pura contemplación. En suma, la libertad inherente al espíritu no podrá ser borrada mientras el espíritu perdure». Esta es la clave de la preeminencia del arte, reino del juego y de la libertad con base en la materia, al que Santayana considera «Placer objetivado». A fin

de cuentas, lo importante de lo existente es aquello que ha escapado a la necesidad estrictamente material, aunque su constitución última y su más íntima fibra sean puramente materiales. La misión que el pensador Santayana se reservó a sí mismo no es la de un destripador de enigmas ni la de un formulador de conocimientos indiscutibles. Dice en un apunte autobiográfico: «Por mí, los problemas del cosmos y las teorías técnicas pueden resolverse solos o como quisieran, o como acordasen resolverlos en cada momento las autoridades en la materia. Mi gozo se halla más bien en la expresión, en la reflexión, en la ironía; mi espíritu gusta de internarse en cualquier mundo en el cual pudiera hallarse, con objeto de desenmarañar los íntimos ecos morales e intelectuales que resuenan en el universo». Para Santayana, la vida de la razón es una novela, el reino de la esencia una fábula que la decisión del pensador decide vivir como narrador y protagonista.

Viajero por Europa, Inglaterra, Italia, Alemania, George Santayana nunca pierde su relación directa y medular con España, una España mitificada incluso por su alejamiento y convertida en un paraíso voluntariamente perdido para conservar su aura paradisiaca. En Inglaterra, Santayana fue muy amigo del hermano mayor de Bertrand Russell, de quien sólo discrepó al estallar la guerra civil: mientras el inglés fue decididamente pro-republicano, Santayana no ocultó sus simpatías por los nacionalistas... ¡le



Eclogue

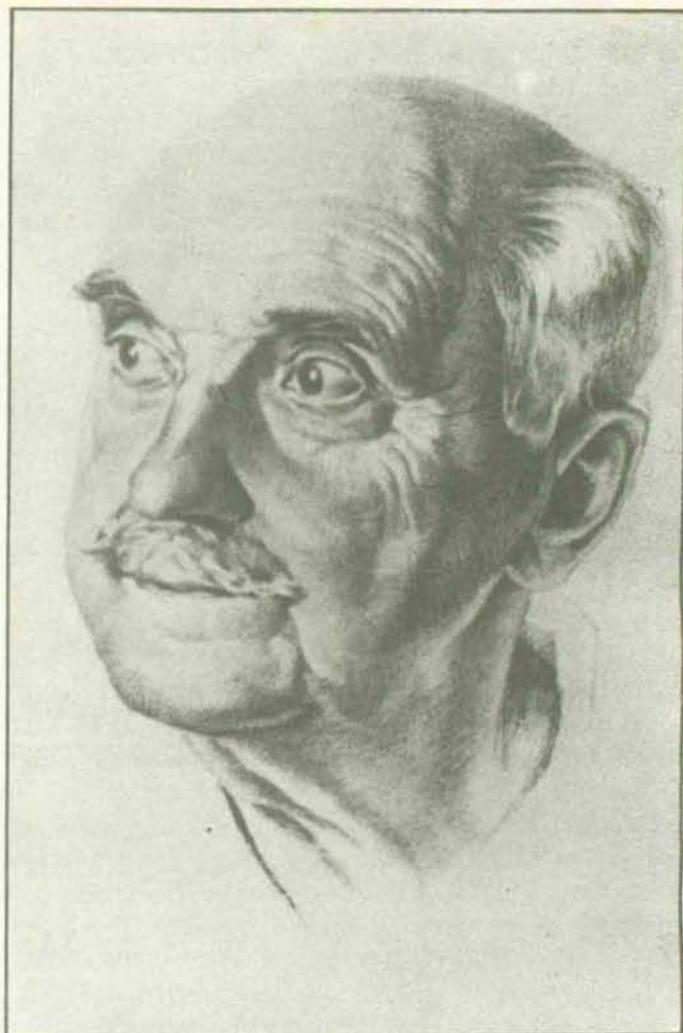
Chloe, the business done, begins to coil her hair,
Ané Strephon strides away, whistling an idle air.

Entre los manuscritos de Santayana que se han podido conservar, reproducimos el del breve poema «Egloga», al que acompaña una curiosa ilustración del propio autor. Santayana sobresaldría en su doble actividad filosófica y poética.

debían de parecer más típicamente españoles! Bertrand Russell, que le dedica unas páginas más bien hostiles en sus «Retratos de memoria», dice que *«en todo aquello en lo que estaba interesado su patriotismo español, desaparecía su usual apariencia de imparcialidad»*. De este aire plácido y sereno, voluntariamente cultivado por Santayana, da idea la siguiente anécdota: Cuando, durante la primera guerra mundial, los alemanes avanzaron irrefrenablemente hacia París (la batalla del Marne acabaría con este avance), Santayana, que estaba en Cambridge con Russell, comentó tranquilamente: *«Creo que debía ir a París, porque mi ropa de invierno está allí y no me gustaría que cayese en poder de los alemanes. También tengo allí un manuscrito en el que he estado trabajando estos últimos diez años; pero esto no me preocupa tanto...»* Durante el período entre las dos guerras, Santayana viajó frecuentísimamente a España y pocos años dejó de sacar su abono para la feria taurina de abril en Sevilla; pero quizá su lugar predilecto fuese Avila, donde vivió y murió su padre y su hermana mayor, Susana. Por entonces acariaba la idea de acabar sus días en España: **«Yo quisiera morir en los cerros de España y sobre su meseta pelada y melancólica esperar la llegada de la última tiniebla...»**



De sus familiares más inmediatos, Santayana guardó siempre una especial relación con su hermana mayor, Susana. Con el fondo de una de las calles de Avila que rodeaban su existencia, vemos a Susana, ya mayor en compañía de su marido, Celedonio Sastre.



Poco tiempo antes de su muerte, Santayana posó para este retrato que recoge minuciosamente los detalles de su rostro. (Dibujo que reproducimos, como todas las ilustraciones que acompañan a este artículo, del libro «Un español en el mundo: Santayana», de J. M. Alonso Gamo. Ediciones Cultura Hispánica).

Pero no fue así. Tras la guerra civil, Santayana no se decidió a volver a España. La guerra europea le sorprendió en Italia y entonces pensó en instalarse definitivamente a vivir en Suiza. Pero como viese que las oficinas de inmigración helvéticas trataban con recelo a los derrotados republicanos españoles que pretendían refugiarse en ese país y obstaculizaban por todos los medios tal asilo, renunció indignadamente a su pretensión: *«Si allí no quieren a los españoles, no volveré a pisar Suiza»*. Se afincó por fin y hasta el fin en Roma, en el convento de monjas azules de Santo Stéfano Rotondo. Ya octogenario, algo enfermo, quiso ir personalmente al consulado español para renovar su pasaporte, el documento que certificaba su adscripción a la tierra mítica y soñada donde una Avila remota levanta sus murallas. Sufrió una caída por las escaleras del consulado, de la que no se repuso: murió el 26 de septiembre de 1952, a los ochenta y nueve años de edad.

Como dijimos al comienzo, esta existencia poco agitada y este pensamiento sereno ocultan torbe-

llinos que pocas veces se hacen patentes, pero que a veces se vislumbran como peces extraños en las límpidas aguas de un estanque demasiado en reposo. Acabaré esta nota con el más explícito y, sin embargo, controlado de tales peces de angustia, su hermoso poema «Cape Cod», según la traducción de J. M.^a Alonso Gamo:

«La baja y arenosa playa y el pino enano,
la bahía y la larga línea del horizonte.
¡Qué lejos yo de casa!

La sal y el olor de sal del aire del océano
y las redondas piedras que pule la marea.
¿Cuándo arribará el barco?

Los vestigios quemados, rotos, carbonizados,
y la profunda huella dejada por la rueda.
¿Por qué es tan viejo el mundo?

Las olas cabrilleantes y el cielo inmenso y gris
surcado por las lentas gaviotas y los cuervos.
¿Dónde todos los muertos?

El delicado sauce doblado hacia el fangal,
el gran casco podrido y los flotantes troncos.
¡La vida trae la pena!

Y entre pinos oscuros y por la orilla lisa
el viento fustigando. El viento, ¡siempre el
[viento!

¿Qué será de nosotros?» ■ F. S.

Via de Santa Sofía, Roma, 6,
Roma, 20 de Junio 1952.

Al Sr. Cónsul de España,
Sr. José Luis Ochoa

Muy Señor mío y distinguido amigo.

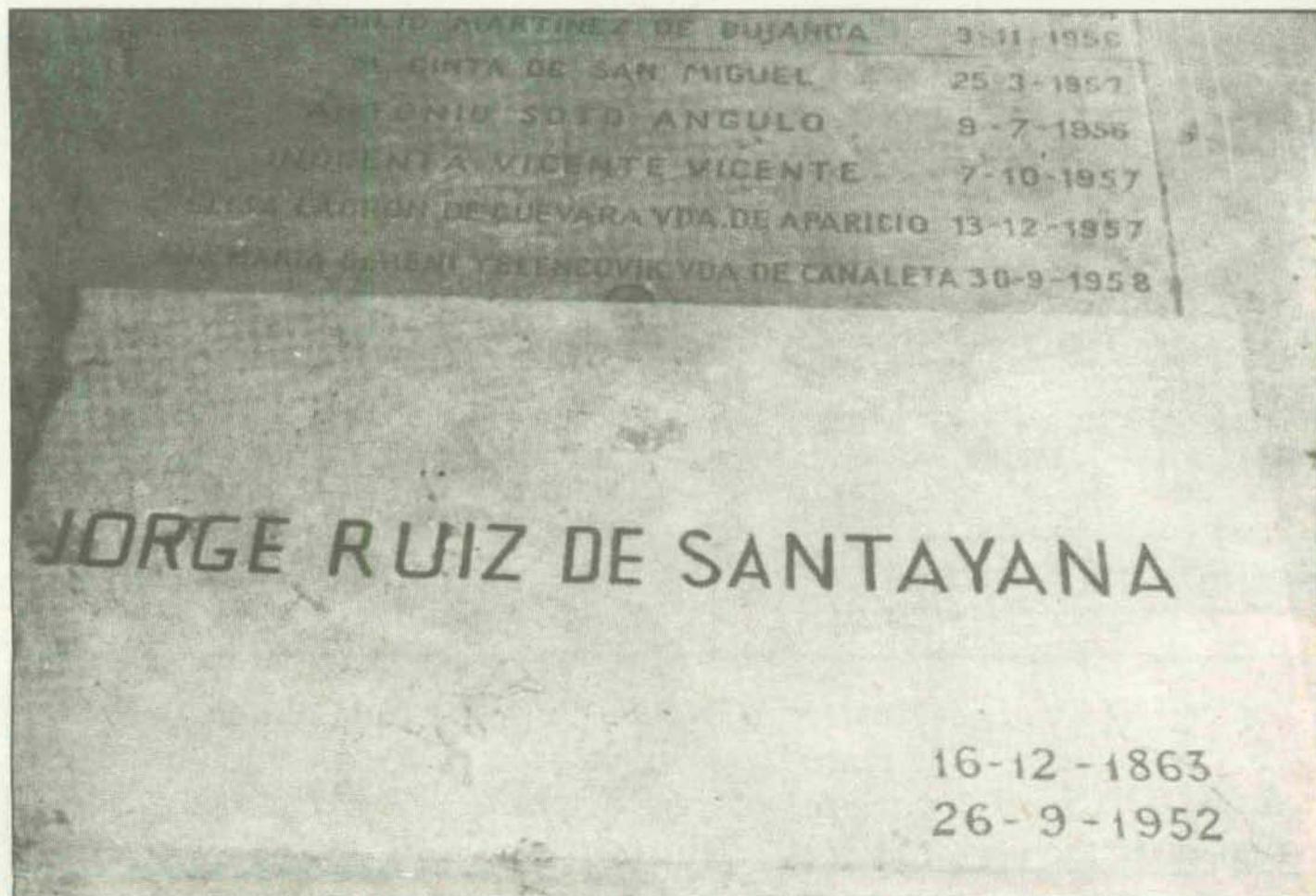
Han pasado muchos días desde el 4 de junio,
y en cada uno de ellos he recordado con gratitud
las atenciones que en aquel día tuvieron para mí
usted y todo el personal del Consulado, desde
su alocución donde habíá caído, y después
acompañándome hasta esta casa rescatan-
dome de los dobles y enfriando las molestias
que mi situación ocasionaba.

Como que sin tan oportuna ayuda, no
hubiera yo, a mis años, resistido al golpe +
sobreviviendo a varios achaques crónicos
propios de la vejez. A ellos le ungo me
atribuya el retraso en mandar a usted y a
sus asistentes la expresión de mi profundo
agradecimiento y de cariño siempre.

S. a. v. d.

Jorge Santayana

Carta que Santayana envió al cónsul de España en Roma, don José Luis Ochoa, a los pocos días de su caída por las escaleras del Consulado. Era el mes de junio de 1952, y Santayana ya no se recuperaría de las dolencias sufridas en tal accidente.



Lápida que preside los restos de Jorge Ruiz de Santayana (George Santayana) en el cementerio de Roma. A los veinticinco años de su muerte, aún no ha cesado la polémica sobre la «españolidad» o «britanidad» del poeta y filósofo.